

Hegemonía, historia y pueblos indígenas en la formación del Estado-nación chileno¹

Álvaro Bello M.²

RESUMEN

En este artículo examinamos algunos de los procesos e ideas que llevaron a la construcción del Estado-nación en Chile durante los siglos XIX y XX. La construcción nacional forma parte de un proyecto hegemónico que un grupo social sustentó a través de argumentos etnocentristas en que las imágenes de los indígenas operaron como contraste negativo de la civilización. En este proyecto confluyeron lo civilizatorio, lo nacional y la búsqueda de un primer aliento modernizador liberal que incorporó por la fuerza los territorios indígenas y excluyó a los indígenas de carne y hueso, negándolos o barbarizando su sociedad y cultura. Para estudiar este proceso, analizamos el papel cumplido por las *intelligentsias* de las elites así como los contenidos de algunos “discursos historiográficos” del siglo XIX, por medio de los cuales se ha construido y transmitido un imaginario sobre la nación y la identidad nacional deseada por las elites y grupos de poder.

ABSTRACT

This article discusses some of the processes and ideas that led to the construction of the Chilean State-Nation during the XIXth and XXth Centuries. This national construction is part of an hegemonic project supported by a social group through ethnocentric arguments, where the images of the indigenous populations where regarded as a negative contrast in front of civilization. This project brings together civilization efforts, national ideas and the search for an initial liberal modernization momentum that incorporated indigenous lands by force excluding the actual indigenous peoples, disowning them or barbarizing their society and culture. In order to study this process, we analyzed the role played by the *intelligentsia* of the elite, as well as the contents of some “historiographic discourses” of the XIXth Century, based on which this elite has shaped and transmitted an image of a nation and a national identity

¹ Un versión de este artículo fue publicado con el título: Los mapuches de Chile entre la historia y el mito, en *Revista de Educación Aula Abierta*, N°131, año 10 (Parte 1) y N°132, año 10 (Parte 2), Buenos Aires, Argentina. El artículo fue elaborado en el marco del proyecto FONDECYT N°1000097, “El viaje mapuche al *puelmapu*: movilidad espacial, cultura y sociedad”.

² Observatorio de Derechos de los Pueblos Indígenas.

Introducción

El ensayo está organizado de la siguiente manera: En primer término, hacemos una breve discusión sobre algunos conceptos y categorías ampliamente utilizadas en la actualidad, aunque escasamente analizados con relación a su historicidad y a sus significados sociales, políticos y culturales en contextos históricos determinados, como son estado y nación. En segundo lugar, hago una exposición general de la génesis de la nacionalidad chilena desde mediados del siglo XIX, poniendo especial énfasis en la atmósfera política, económica y social en que se produce. En tercer lugar, profundizo en aquel proceso a partir del papel de las *intelligentsias* en el desarrollo y construcción de la nacionalidad chilena.

La construcción del Estado-nacional y la “chilenización” de la sociedad chilena, es un proceso histórico reciente que surge como solución a los proyectos políticos específicos y hegemónicos de las elites quienes lo difundieron por diferentes vías y mecanismos al resto de la sociedad. En este proceso de “invención de la tradición” y de construcción de la nación y su concomitante “identidad nacional”, los mapuche y los pueblos indígenas de Chile en general, fueron directamente afectados no sólo en cuanto a la pérdida de su libertad y territorios sino también en la representación y manipulación etnocentrista que se hizo de su imagen como pueblo, que desde ese momento se comenzó a presentar devaluada, *barbarizada* y racialmente “inferiorizada”, cuestión que venía ocurriendo desde el período colonial³.

La hipótesis para este trabajo es que tanto la subordinación de los pueblos indígenas como la desvalorización de su imagen, en algunos casos presentes hasta nuestros días, son parte sustantiva de la construcción hegemónica del Estado-nación en Chile durante el siglo XIX, por cuanto este proceso se basó en la búsqueda del orden y la homogeneidad de la población, la cultura y la economía dentro de los límites nacionales lo que implicaba, al menos, la exclusión y subordinación de los pueblos indígenas o su exterminio físico en los casos más extremos, cuestiones que también ha planteado Pinto (2000) en un trabajo reciente⁴. Asimismo, la hegemonización y racionalización de la idea de nación planteó a las elites el problema de legitimidad que fue resuelto al amparo de un programa ideológico y discursivo acerca de lo civilizado y lo bárbaro como únicas y polares representaciones de la realidad.

La premisa de que el origen Estado-nacional chileno es parte de un proyecto hegemónico de las elites, transmitido por diferentes vías y mecanismos al resto de la sociedad requiere para su entendimiento la clarificación de algunos conceptos e ideas analíticas claves. En primer lugar, utilizamos las categorías de “proyecto” y “discurso hegemónico” porque son útiles para entender el proceso de difusión de una idea de Estado-nación dentro de un marco social y no como una cuestión de individuos o sujetos aislados. El concepto de hegemonía significa, en este caso, la creación de un complejo proceso social de persuasión y generación de “consenso activo”, y aún de coerción e imposición, mediante el cual los

³ A lo largo del período colonial se construyeron imágenes que fueron determinantes en las relaciones entre hispano-criollos e indígenas. Sobre este punto véase Casanova (1996).

⁴ Este interesante texto lo conocimos después de haber escrito este artículo, esperamos poder incluir una discusión más amplia sobre él en un próximo escrito.

distintos grupos sociales se suman a un proyecto social, cultural y/o político aunque este sea contrario a sus intereses⁵.

Asimismo, en el presente ensayo analizamos y discutimos el momento histórico en que se produjo tal proceso (aproximadamente 1850-1920), evaluando el papel cumplido por las *intelligentsias*, principalmente por los historiadores de las elites del país, transmisores de una idea de nación asociada a la construcción de imágenes y representaciones etnocéntricas sobre los pueblos indígenas⁶. Nos interesa el papel de los historiadores por la influencia de sus ideas y discursos, analizado desde el punto de vista de su sustento ideológico evolucionista y positivista, doctrinas ampliamente difundidas en América Latina y de las cuales derivaron concepciones racistas sobre los pueblos indígenas y las “gentes incivilizadas” en general.

Los críticos del análisis sobre el papel de las *intelligentsias* en la construcción de la nación señalan que quienes abordan la temática desde esta perspectiva cometen el “error” metodológico de privilegiar en análisis de la “superestructura” por sobre la “estructura”, esto es la cultura y las ideologías por sobre la economía. A nuestro parecer tal discusión o falsa dicotomía está largamente superada, en cambio desde hace un buen tiempo se ha hecho necesario abordar ambas cuestiones con igual interés, sobre todo si se tienen en cuenta sus interdependencias. Asimismo, pensamos que la discusión abierta y desprejuiciada de estos temas puede contribuir a una mejor comprensión de las relaciones entre los pueblos indígenas y la sociedad chilena, relación que necesita del desmantelamiento de mitos y “mentiras verdaderas”. Develar estas cuestiones implica poner en tela de juicio el llamado “ciclo del Estado-nacional” y hacer frente a la discusión de otras opciones como la nación multinacional o pluricultural⁷. También deseo contribuir a dar respuesta a otras cuestiones actuales: la pregunta sobre el papel del estado con relación a los pueblos indígenas; y, la compleja relación entre el conocimiento como una forma de poder, la sociedad indígena y los intelectuales no indígenas⁸, éstos últimos concebidos como “mediadores”, “filtradores”, difusores, creadores e inventores de “tradiciones” y “verdades históricas”.

⁵ Sobre el concepto de hegemonía ver Díaz-Salazar (1991). También Mumby y Clair (2000), quienes señalan que “el poder no suele ejercerse en forma coactiva, sino de una manera sutil y rutinaria. El usos más eficaz del poder es cuando quienes lo tienen logran hacer que quienes no lo tienen interpreten el mundo desde su punto de vista, es decir, de quienes tienen el poder” (Mumby y Clair, 2000: 267).

⁶ Mumby y Clair señalan que “existe una relación de tres vías entre el discurso, la ideología y el poder. Dicho en forma simple, el discurso reproduce, crea y desafía las relaciones de poder existentes; la ideología es el factor que media en esta relación, proporcionando un marco de interpretación mediante el cual las prácticas discursivas reciben significado” (Mumby & Clair, 2000: 267).

⁷ Una interesante discusión sobre la construcción histórica y la crisis actual del Estado-nación en el trabajo de Stanley Tambiah (1996). El autor señala que el estado-nación es un producto de los nacionalismos europeos del siglo XIX, cuyo modelo fue exportado al resto del mundo, con especial rapidez después de la segunda guerra mundial, en el caso los países post-coloniales de Asia y África. Sin duda este modelo no sirve para el caso de los Estados-nación de América Latina, surgidos previa y simultáneamente a los de Europa.

⁸ En un ensayo denominado “Intelectuales indígenas y universidad en Chile: conocimiento diferencia y poder entre los mapuche”, de pronta publicación como parte del libro *Intelectuales y educación superior en Chile: De la Independencia a la democracia transicional en Chile*, he abordado el papel de los intelectuales mapuche tanto dentro de la sociedad indígena como con relación al estado y las instituciones educativas.

El Estado-nación a debate: Hegemonía, construcción y legitimidad

Al buscar en las definiciones actuales estado y nación parecen ser dos conceptos idénticos, complementarios e interdependientes, convertidos en conceptos “gemelos” sin que realmente lo hayan sido de nacimiento. La idea de Estado-nación al integrar, o intercambiar como señala Connor (1998), los ha hecho interdependientes como si no pudieran existir el uno sin el otro, lo que parece cuestionable si se remite a ambos conceptos por separado y se indaga en sus usos a través de la historia. Algunos autores como Hobsbawm (1997), y Stavenhagen (2000 & 2001), señalan –con distintos énfasis- que la idea de Estado-nación es parte de un proceso reciente y propio de la modernidad, generado por la necesidad que ha tenido el capitalismo de homogenizar y controlar poblaciones dentro de determinados límites territoriales⁹. Distintas definiciones indican, en cambio, que la noción de Estado está más ligada a la idea de una estructura o aparato burocrático y administrativo destinado a normar las relaciones entre individuos y grupos sociales distintos; que tiene el monopolio de la fuerza y que, posteriormente, se irá ligando a funciones distributivas así como a la moderna noción de soberanía popular –y nacional (Véase Krader, 1972).

En todo caso, más allá de esta definición formalista, hoy en día existe un amplio abanico de formas de definir el estado que permiten deconstruirlo como sujeto histórico inmanente. Una de estas definiciones señala que el estado es el resultado de una “revolución cultural”, un repertorio de actividades e instituciones identificadas con la idea “estado” como formas culturales centrales para el surgimiento de la “civilización burguesa”, el estado por tanto es un producto de la modernidad y el capitalismo (Corrigan y Sayer, 1985: 3). En esta misma línea Timothy Mitchell señala que el estado es una construcción ideológica y cultural, una representación que se reproduce en formas visibles y discernibles (Mitchell, 1999: 81).

La nación, por el contrario, desprovista de su sentido estrictamente territorial y “estatizante”, es una entidad sociológica (Stavenhagen, 2001), histórica y cultural que antiguamente debió asemejarse más al concepto de etnia (Véase Connor, 1998; Kymlicka, 1996). Es el mismo caso de palabras como patria y pueblo, las que hasta los siglos XVIII y XIX estaban más asociadas al espacio local o a características socioculturales y territoriales regionales. Desde otro punto el concepto moderno de nación es un producto de la Ilustración y la Revolución Francesa que conecta, contradictoriamente, la particularidad con los requerimientos de universalidad de los estados modernos. La discusión sobre la formación de los estados modernos y la nación está profundamente vinculada a la tensión entre particularismo y universalismo. Para algunos autores el estado encarna los anhelos de universalidad de la Ilustración mientras que la nación o las naciones, reflejan los elementos particulares (Laclau, 1996). Bajo preceptos similares Samir Amin señala que la nación podría ser reconocida como una “ideología de la ciudadanía” (Amin, 1997: 9).

⁹ Al respecto Stavenhagen (2001) señala que “el Estado-nación es hoy la encarnación del principio de nacionalidad, que no es sino la idea romántica de que cada nacionalidad debe tener su propio Estado, y de que cada Estado debe incorporar sólo una nacionalidad” (2001: 21). En otro párrafo agrega que “...la mayoría de los estados modernos están contruidos según el concepto del Estado-nación: es decir, según un concepto que postula una equivalencia entre el Estado y la nación, cuando el primero es ante todo un concepto político y el segundo esencialmente sociológico. Se trata del modelo del estado-nación desarrollado en Europa durante los siglos XVIII y XIX, que luego se extendió al resto del mundo” (Stavenhagen, 2001: 43).

Un buen ejemplo de las mutaciones del concepto de nación a través del tiempo y sus implicancias para la formación de los estados, se puede encontrar en el hecho de que antiguamente, hasta el siglo XIX, la idea de nación se usaba sin condicionarla a la existencia de un estado a tal punto que cronistas y viajeros al hablar de los diversos grupos indígenas que observaban o “estudiaban” en las colonias les asignaban el nombre de “naciones” o “nacionalidades”. Esto indica que el concepto de nación utilizado entonces no incluía necesariamente “cuestiones de estado” ni menos de organización socio-política sobre todo porque los observadores con frecuencia negaron la existencia de estas estructuras y formas de organización entre los indígenas. De este modo usado en el sentido de los antiguos cronistas y viajeros, los conceptos de nación y nacionalidad estaban más relacionados con la lengua y la cultura, por ello es que se conservaron como elementos primordiales y “primordialistas” de las concepciones y definiciones actuales de nación. Sobre esta cuestión, Eric Hobsbawm (1997), realiza un cuidadoso análisis de la evolución de éstos términos en diccionarios de la lengua y enciclopedias desde mediados del siglo XVIII a principios del XX. Los cambios en las definiciones muestran una identificación progresiva entre el estado y la nación articulados como conceptos interdependientes o como una sola entidad, por ello es que el autor califica al fenómeno de la nación y el nacionalismo como una novedad o como algo propiamente “moderno”.

¿Por qué la necesidad de fusionar estado y nación? La idea de Estado-nación comienza a configurarse desde el momento en que la unificación territorial, el fortalecimiento del Estado y la centralización (económica, política y cultural) de los modernos sistemas políticos del siglo XIX buscan identificar el estado con la nación como una sola entidad, formula que condensa la idea de un sólo estado, una patria, una cultura, una nación y un solo grupo étnico. Su éxito podría alcanzarse a través del diseño de una estrategia centralizadora y homogeneizadora, cuya lógica debía buscar terminar con los poderes políticos locales y los mercados regionales así como con las diferencias culturales concebidas como obstáculos que había que sortear o eliminar para alcanzar la meta (Mentz, 2000).

Desde otra óptica, aunque no muy alejada de este análisis, la idea de Estado-nación sería también parte de un proceso de dominación. El proceso de integración del Estado-nacional se produciría por la dominación de una etnia mayoritaria hacia otra u otras minoritarias (Smith, 1981, 1997). En este caso la centralización respondería más bien a criterios raciales y culturales que otorgan supuestos derechos de superioridad de un sector de la sociedad sobre otro concebido como inferior.

Lo claro es que en el caso de América Latina, desde las primeras décadas del siglo XIX, la mayoría de las antiguas colonias hispanas se dieron a la tarea de construir un Estado-nación que consideró sólo a una parte de los pueblos y “naciones” existentes en su seno. Bajo el influjo liberal en varios países se intentó el reconocimiento de los indígenas como ciudadanos, pero ello más que una ventaja para los indígenas implicaba su anulación o

negación como tales¹⁰. De esta manera, los proyectos liberales de construcción de nación prescindieron de los pueblos indígenas y en la mayoría se creó la idea de que la nueva nación era “racialmente homogénea”, por lo general blanca o mestiza¹¹. Este proceso fue más dramático en aquellos países donde la mayor parte de la población pertenecía a uno o más pueblos indígenas (v.g. Bolivia, Perú, Guatemala y México) pero donde las elites (blancas) impusieron o actualizaron esquemas políticos excluyentes de las grandes mayorías y donde a los indígenas o afrodescendientes sólo se les dejó permitir acceder a una “integración simbólica” a la nación (Bello & Rangel, 2000).

En la mayoría de los casos la construcción nacional fue un proceso que, si bien emergió desde grupos minoritarios, luego fue difundido de manera coercitiva con ayuda de mecanismos como la educación, la literatura y los símbolos patrios. En ocasiones tales estrategias tuvieron la adhesión de grupos sociales étnica o “racialmente” distintos que, abandonando posibles proyectos propios, asumieron una identificación con los de una elite o grupo minoritario. Para entender este proceso es muy útil la idea sociológica de “comunidad imaginada” en la que pese a las diferencias de clase, etnia, religión y cultura existentes dentro de un colectivo es posible la cristalización de una identidad común entre personas que nunca se conocerán entre sí (Anderson, 1993)¹². En estos casos, son claras las influencias de los medios de comunicación como la prensa escrita, o bien de literatura nacional, la música y especialmente la educación, sobre todo cuando pueden ser difundidas a través de un Estado centralizado y burocratizado (Ver Gellner, 1983).

Los “sentimientos nacionales” son diseminados también a través de las grandes y pequeñas “guerras nacionales” que han incentivado y promovido, aún después de más de un siglo, hondos sentimientos nacionalitarios y xenófobos. En el caso de Chile, Góngora (1994), confiere a las guerras una gran importancia como formadoras de la nacionalidad destacando, en un segundo lugar, el papel de los símbolos patrios. Del mismo modo, el mexicano Florescano (2001), subraya la “vigorosa expresión” que adquirió en el proceso nacionalista estatal del siglo XIX la creación de símbolos y ritos: “La idea de nación –en México- se identificó con las fechas fundadoras de la república, con los héroes que defendieron la patria, con la bandera, el escudo y el himno nacionales y con los rituales programados en el calendario cívico”. Este programa de persuasión “se extendió a todo el país por medio del sistema educativo y los rituales cívicos” (Florescano, 2001: 439). En

¹⁰ En el caso de Chile, Bernardo O’Higgins, el “padre de la patria”, intentó promover la igualdad de los indígenas mediante la promulgación en 1819 de un Bando Supremo en que declaraba que en lo sucesivo los indígenas “deben ser llamados *ciudadanos chilenos* y libres como todos los demás habitantes del Estado, con quienes tendrán igual voz y representación, concurriendo por sí mismos en la celebración de todo contrato, a la defensa de sus causas...”. (La cursiva es mía, citado por Aylwin & Castillo, 1990). Intentos similares ocurrieron en México, Argentina y Venezuela.

¹¹ En varios países, especialmente en México, el discurso sobre el mestizaje fue utilizado como una forma de “resolver” el problema que planteaba a los grupos de poder –no indígenas- la existencia de una población mayoritariamente indígena, en México José Vasconcelos elaboró la idea de la “raza cósmica”, en Chile surgió la idea de la “raza chilena” confluencia de distintas sangres.

¹² Un cuestionamiento al planteamiento de Anderson se encuentra en el artículo de Chatterjee (1993) en el que se pregunta si el nacionalismo en el resto del mundo (fuera de Latinoamérica y Europa) ha sido escogido de ciertas “modulares” formas, como aquellas creadas en el “viejo” y el “nuevo continente” ¿qué es lo imaginado? (Chatterjee, 1993: 5).

tanto König (1984), señala que la búsqueda de legitimidad política al problema de la nacionalidad y la identidad en América Latina, se va a resolver mediante el “desarrollo de medios y organizaciones para la socialización y la cultura política como escuelas, ritos y símbolos, así como los esfuerzos de garantizar la observación de las leyes y de los reglamentos y el cumplimiento con responsabilidad gubernamental” (König, 1984: 389-390). De esta manera, habría que decir que las formas en que se socializan, difunden y legitiman los discursos e ideas hegemónicas sobre la nación, son decisivas para su éxito futuro, sobre todo para entender él por qué de las adhesiones y lealtades en sectores ajenos o contrarios a los poderes que las imponen.

La idea de Estado-nacional, la identificación entre estado y nación dentro de un proceso histórico es, por tanto, una construcción social y una necesidad política del Estado moderno, del mercado y de determinados grupos sociales dentro de un esquema de autoridad y bajo un proyecto cultural hegemónico¹³. El problema es que hoy, un gran número de Estados-nacionales, sino la totalidad, poseen en su seno una diversidad de naciones, pueblos, grupos étnicos o minorías nacionales que contradicen su supuesta homogeneidad. En la práctica se trata de estados pluriétnicos, multiétnicos o multinacionales y no de Estados-nacionales, como lo han señalado profusamente algunos autores contemporáneos (Smith, 1981; Kymlicka, 1996; Connor, 1998; Stavenhagen, 2000 & 2001, entre otros).

De esta manera, una de las principales dificultades que presenta el fenómeno del Estado-nacional es la exclusión de grupos étnicos o de “minorías nacionales” por parte de las “mayorías nacionales” quienes como grupo cultural y socialmente hegemónico y bajo una compleja idea de lealtad a la nación (¿al estado?) han obligado a que éstas abandonen sus particularidades culturales, sus territorios, usos y costumbres, ya sea por métodos violentos o bien por la vía de mecanismos de aculturación y asimilación cultural. Para los pueblos que han “sufrido” este tipo de construcción nacional los efectos derivados de él han sido profundamente perjudiciales. Pese a ello, los grupos hegemónicos y dominantes han buscado la legitimación de la exclusión y la dominación permanente como una de las “condiciones” del proceso de unidad nacional.

Por otra parte, la difusión del sentimiento nacional y la “realización efectiva” de un Estado-nacional sólo pudo ver la luz cuando los países de América Latina consolidaron un aparato burocrático y un sistema de instrucción pública, entre otros medios de difusión e inculcación efectiva de la idea de nación. Esto sólo ocurrió hasta bien entrado el siglo XX y en algunos países hasta hace unas pocas décadas atrás. Por lo demás, cada país y cada grupo social constructor o “productor” de naciones ha echado mano, según las distintas épocas, de diferentes argumentos para legitimar la construcción del Estado-nacional y lo ha representado, tarde o temprano, como un proceso supuestamente colectivo, compartido, democrático y exitoso, cuando en realidad no siempre ha sido así.

La suerte experimentada por los pueblos indígenas de América del Sur, particularmente los mapuche en Chile y Argentina, prueba esto. A través de la dialéctica civilización/barbarie

¹³ También se ha dado el caso contrario en que el estado ha sido el punto culminante de muchas cristalizaciones nacionalistas, donde la nación o idea de nación prefiguró al Estado (Gellner, 1988), este es el caso de varios de países europeos durante el siglo XIX.

se sustenta una pluralidad de discursos (científicos, políticos, militares, económicos) que en términos de acciones abre paso a pioneras “limpiezas étnicas”, campañas de exterminio denominadas con eufemismos como “pacificación” o “conquista”. Es una dialéctica que da legitimidad a las decisiones de los sectores políticos y militares y a las argumentaciones de los científicos, quienes entienden el conflicto entre barbarie y civilización como parte sustantiva del proceso de construcción del Estado-nacional. En el ámbito económico, la oposición civilización y barbarie apoya y da sentido a la expansión económica y la búsqueda de nuevas fronteras agrícolas, a costa de los territorios indígenas como producto de intereses estatales oligárquicos. En fin, no se puede hablar de un solo factor, sino de un conjunto integrado y complejo de factores, de ahí que sea necesario mostrar algunos de los que sirvieron como telón de fondo al proceso chileno¹⁴.

Condiciones generales para la “génesis” del Estado-nacional chileno en la segunda mitad del siglo XIX

Desde la segunda mitad del siglo XIX se evidenció la reafirmación o consolidación de una idea de sociedad y nación¹⁵, como entidad aparte del Estado aunque promovida e incentivada por éste, lo que ocurre en los momentos en que el país accede a un nuevo estatuto económico y territorial *post* Guerra del Pacífico. Es un período de fortalecimiento del Estado y las elites vinculadas al poder político y de ascenso de la clase obrera y los sectores medios en proceso de instalación en el “espacio público” cuyo origen se encuentra en la fractura del orden colonial a principios del siglo XIX.

El rompimiento del orden colonial había dado paso a la búsqueda de un “nuevo orden” que fuese capaz de contener la diversidad cultural y geográfica, la heterogeneidad social y la compleja trama de formas y circuitos económicos existentes en el seno de la sociedad colonial, esta búsqueda cuajó en un proyecto de modernización ligado estrechamente a la construcción de un Estado-nacional.

En Chile como en otros países de América Latina a principios del siglo XIX, el proceso de Independencia no aseguró la inmediata constitución o formación del Estado-nacional, por el contrario las nuevas repúblicas debieron esperar varias décadas para que este sueño se cristalizara pues, entretanto, debieron cumplirse una serie de “precondiciones”, tales como el diseño y funcionamiento de un estado fuerte que organizara esta cristalización; y, la

¹⁴ En todo caso el proceso de “racionalización” de una idea de barbarie como justificación del proceso de expansión territorial tiene una génesis y una maduración a través del tiempo, así lo ha demostrado Navarro Floria (1997) en el caso de Argentina y Chile.

¹⁵ Mario Góngora plantea que la idea de Estado está presente mucho antes que la de Nación, y tendría su origen en la condición de Chile como “País de Guerra”: “La nacionalidad chilena ha sido formada por un Estado que ha antecedido a ella”, y agrega: “A partir de las guerras de la Independencia, y luego de las sucesivas guerras victoriosas del siglo XIX, se ha ido construyendo un sentimiento y una conciencia propiamente “nacionales”, la “chilenidad”. Evidentemente, que junto a los acontecimientos bélicos, la nacionalidad se ha ido formando por otros medios puestos por el Estado: los símbolos patrióticos (banderas, Canción Nacional, fiestas nacionales, etc.), la unidad administrativa, la educación de la juventud, todas las instituciones. Pero son las guerras defensivas u ofensivas las que a mi juicio han constituido el motor principal. Chile ha sido pues, primero un Estado que sucede, por unos acontecimiento azarosos, a la unidad administrativa española, y ha provocado, a lo largo del siglo XIX, el salto cualitativo del regionalismo a la conciencia nacional”. (Góngora, 1994: 37, 38-39).

formación/ articulación de consensos activos dentro de las elites políticas, económicas y culturales que proyectaran un anhelo específico e interesado de nación que lograrse superar la heterogeneidad de sociedades compuestas por grupos indígenas, criollos, mestizos y afrodescendientes. De este modo, se requirió de la consolidación de una base económica y cultural mínima, con grados relativamente altos de centralización y unificación.

Al igual que en la lucha independentista, la construcción del estado y la difusión de una conciencia nacional, como varios de los proyectos hegemónicos de ese período, se desarrolló en el seno de las elites del país y se difundió a través de diversos mecanismos a lo largo de los siglos XIX y XX. La génesis de este proceso, que en su borde más lejano algunos sitúan a fines del siglo XVIII (Krebs, 1984), comenzó con claridad en las décadas posteriores a la lucha de emancipación, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y se extendió, al amparo del liberalismo, hasta las primeras décadas del siglo XX¹⁶.

Una explicación posible a esta búsqueda permanente por el orden, la unificación y la homogenización –principios básicos del proyecto nacional– es, como señalan Salazar et al. (1999), la pérdida de la matriz política del país al romper éste con el proyecto colonial e iniciar el proceso de Independencia. Hasta entonces, Chile era un país integrado por las leyes coloniales, no así por sus identidades, de manera que al romperse el proyecto colonial se inicia un proceso de desregulación que desata crecientes y poderosas fuerzas diferenciadoras (Salazar, et al., 1999: 131). En una línea similar Jocelyn-Holt (1997), señala que durante este período se formaliza una idea sobre la nación y junto a ella una expresión cultural propia, el nacionalismo, que alcanza una notable expresividad en el fin de siglo, donde adquiere una gran capacidad para “enmascarar los crecientes niveles de diferenciación” (Jocelyn-Holt, 1997: 45). De esta manera, la homogeneidad, la posibilidad de borrar las diferencias será una de las “virtudes” de la naciente idea de Estado-nación en Chile.

Una opinión similar sostiene Sol Serrano (2000), quien plantea que el orden liberal, tanto en América como en Chile, se identifica plenamente con la construcción del Estado-nacional, pues ambos arrancan de la ruptura del orden colonial (Serrano, 2000: 121). La autora señala asimismo que el período de los gobiernos liberales (1861-1891) abre las puertas a la “sociedad civil” como espacio de disputa del poder político y de definición entre lo público y lo privado. Este cambio sustancial en la sociedad y política chilena habría estado acompañado de una progresiva –aunque negociada y lenta– secularización de la sociedad lo que se expresaría en la promulgación de leyes laicas, en el aumento de las libertades públicas, en la expansión electoral y en la libertad de enseñanza. En todo caso, la misma autora reconoce que tales avances eran limitados y respondían más bien a intereses particulares de las elites políticas.

¹⁶ No se puede desconocer que las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII, primero, y la lucha de emancipación, después, incentivaron fuertes sentimientos nacionales y el “amor a la patria” entre las elites criollas, sin embargo este fue un proceso incompleto que sólo pudo ser, reafirmado y legitimado hacia el conjunto de la “ciudadanía” desde mediados del siglos XIX en adelante, en el marco de una economía y un estado fuerte.

En el proceso de construcción de la nación, la elite gobernante se sirvió de un conjunto de dispositivos y componentes que alimentaron su proyecto político de nación, el que emergió como “necesidad moderna” de controlar y ordenar las fuerzas disruptivas que amenazaban con desgarrar y dividir a la nueva república. En términos económicos se trataba de amalgamar los mercados locales y regionales a un mercado nacional para luego orientarlo al ámbito externo.

En el plano cultural, el proyecto suponía la construcción hegemónica de una “cultura nacional” compartida y homogénea. Aún años después, celebraciones como el cambio de siglo y el centenario de la Independencia Nacional, por ejemplo, servirán para escenificar y conectar la idea de nación con un sentido colectivo de “patriotismo” o de amor a la patria a la vez que con una idea de modernidad y progreso, elementos supuestamente compartidos “por todos”¹⁷.

En términos político-sociales, el diseño de este proyecto debía cumplir con la función de contener las disensiones y fuerzas centrífugas que comenzaban a emerger entre los grupos subalternos que no compartían o bien desconocían el proyecto que la elite deseaba difundir o imponer “desde arriba” (Véase Pinto, 2000). Por tanto, el diseño del proyecto debía contemplar o ser en sí mismo un gran mecanismo de control de las elites sobre las “zonas” autónomas y periféricas o sobre quienes no se sentían identificados con el proyecto de nación.

En el ámbito de las ideas, es un período donde por primera vez se (re) presentan los rasgos de la ilustración y de la modernidad (Ver Ossandón, 1998 y Subercaseaux, 1992), el arribo de Chile a los páramos del liberalismo económico y político y al plano de las ideas y la cultura liberal. De la misma manera, la emergencia del positivismo en la década de 1870 instaló en el país un conjunto de ideas políticas y culturales de profunda repercusión política y social (Vicuña, 1997).

Para algunos autores, el período tiene rasgos de escenario histórico con límites propios, una metáfora -según Bernardo Subercaseaux (1992)- sobre la que opera un modo de ser, una mentalidad y un pensamiento. Una matriz de discurso y acción que define las relaciones entre los sectores dominantes y subalternos, entre lo popular y la “cultura propia”, entre lo civilizado y lo bárbaro. Es el espacio temporal donde se definen y disputan los límites -territoriales y representacionales- del país como entidad moderna.

También es un período en que por primera vez se percibe la presencia -tenue- de un *ámbito de sociedad civil* (Jocelyn-Holt, 1997: 55-56) y de la constitución primigenia de una opinión pública liberal o “burguesa” en el sentido de Habermas (1994), lo que se produce pese a los frenos de la elite gobernante. Estos dos aspectos son particularmente importantes para entender el marco en el cual se mueve la praxis y el discurso de las elites como del resto de los grupos sociales, tanto con relación al “programa nacional” como al debate sobre la Araucanía y los pueblos indígenas que ocupan gran parte de este período. Este es,

¹⁷ Este proceso de inculcación de la nación y de una idea de modernidad a través de la celebración de los centenarios de la independencia se repitió a lo largo y ancho de América Latina donde junto con la construcción de grandes obras y monumentos se resaltó la figura de los héroes y la imagen mestiza o blanca del colectivo nacional.

por tanto, un contexto propicio para la discusión ideológica y doctrinaria donde los medios escritos, por ejemplo (sobre todo la prensa y los libros), adquieren al menos dentro de cierto ámbito, relevancia político-social para comunicar el mensaje de la nación. Así se puede entender la recepción de las “narraciones de la nación” contenidas en obras como la *Historia Jeneral de Chile* de Barros Arana o las polémicas de prensa sobre el futuro de la Araucanía y los mapuche incentivadas por “historiadores-políticos” o “historiadores-naturalistas” a través de periódicos, diarios y revistas del período 1850-1880.

Por otra parte, el crecimiento económico del período, sobre todo el registrado entre 1870 y 1890, estuvo estrechamente ligado a la expansión territorial del país. Por el norte, la incorporación de las salitreras provincias de Tarapacá y Antofagasta “obtenidas” en la triunfante Guerra del Pacífico. Por el sur, la incorporación de la Araucanía, arrebatada a los mapuche en una de las “*pequeñas guerras*” formadoras de la nacionalidad (Góngora, 1994).

Una serie de otros conflictos bélicos anteriores, como la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana en 1837 y el bombardeo a Valparaíso por embarcaciones españolas en 1866, ayudaron a darle un nuevo cariz a los sentimientos nacionalistas populares que las elites manipularon en favor de una conciencia unitaria y compartida. En todo caso, la Guerra del Pacífico fue claramente un punto de inicio fundamental en la creación de una idea masiva de patria y nación en los sectores populares, lo que se dejó ver en sentimientos xenófobos contra “peruanos” y “bolivianos” durante y después de la guerra¹⁸.

A la incorporación de las provincias del norte y la Araucanía (1881-1883) se sumó también la anexión oficial de la *Isla de Pascua* en 1888 y el establecimiento de una política de exploración y población de las zonas más australes. Así, el “expansionismo” chileno del siglo XIX representó un drástico cambio tanto en el mapa geográfico y administrativo del país, que hubo que rehacer casi por completo después de 1890, como en el mapa mental de las elites y de los grupos sociales emergentes¹⁹.

La expansión y anexión de territorios, fuente de nuevas riquezas y simiente de la futura “soberanía nacional”, se hicieron sobre la base de las tierras ancestrales -que aún restaban de los pueblos indígenas. Mapuche, Aymarás, Rapa-Nui, Kawashkar, Selk’nam y Yámanas, fueron sometidos por el ejército o exterminados en procesos genocidas y etnocidas de incalculables dimensiones²⁰. La mayor o menor relevancia del “elemento indígena”, en estos procesos puede ser evaluada a la luz del trato o visibilización que les dio la “sociedad civilizada” en expansión. Los aymaras, por ejemplo, no “aparecieron” en la historia nacional sino hasta mediados del siglo XX, antes fueron o peruanos o bolivianos para luego

¹⁸ En todo caso existen indicios de que antes de la Guerra del Pacífico existía entre los trabajadores del salitre nacidos en Chile una conciencia de “nacionalidad chilena” dentro de un contexto de multinacionalidad como las salitreras preguerra (véase Osorio, 2000).

¹⁹ El mapa cambió también con la “pérdida” de la Patagonia Austral, que quedó incorporada a Argentina por el tratado de 1881 (los límites fueron ratificados mediante la aplicación del Laudo Arbitral de 1902). Por otro lado, la situación de límites con Perú y Bolivia no fue resuelta sino hasta los primeros años del siglo XX, especialmente en lo referente a las ciudades de Arica y Tacna (mediante el tratado de 1929).

²⁰ El caso más dramático es el de los Selk’nam u Onas de tierra de fuego, que fueron prácticamente exterminado en el transcurso de 25 años. Entre 1880 y 1905, la población aborigen de Tierra del Fuego se redujo de 4.000 o 3.500 individuos a unos 500, la mayor parte muertos a causa de enfermedades, hambre y guerras ínter tribales originadas por la ocupación colonial (Chapman, 1986).

ser “chilenizados”, es decir integrados al Estado-nación previa tachadura de su identidad étnica, con esto las sospechas sobre su “peruanidad” o “bolivianidad” quedaron suspendidas hasta nuevo aviso nacionalista.

La incorporación de los territorios salitreros obtenidos en la Guerra del Pacífico (1881), ayudaron a mejorar la economía del país elevando el volumen de impuestos con que pudo contar el estado para incrementar su poder frente a determinados grupos sociales, lo que tuvo como uno de sus resultados la aceleración del proceso de “separación de funciones” de los poderes políticos, económicos y sociales del país. A su vez, los cambios en la estructura productiva del país incentivaron la migración campo/ciudad cuyo nuevo contingente pasó a formar parte de la fuerza de trabajo en los incipientes procesos industriales de Valparaíso y Santiago. Asimismo, numerosos contingentes campesinos descolgados o expulsados de haciendas y fundos de la zona central y de áreas de pequeña propiedad, salieron a los caminos en búsqueda de una mejor vida, atraídos por las tierras “desocupadas” de la Araucanía, hacia las faenas salitreras del norte o bien a conformar la población pobre de las ciudades en ciclo expansivo como Santiago y Valparaíso (Salazar, 1987). A finales del período se aprecia la formación progresiva de un gran mercado interno, que dará curso a la constitución de una incipiente industria nacional que luego de la crisis del año 1930 tomará cuerpo a través de una política de fomento industrial del Estado.

El desarrollo económico de Chile durante el período influye directamente en las condiciones de vida de los trabajadores e impulsa un activo proceso de “autoeducación” permitiendo el florecimiento de Mutuales, Mancomunales y Sindicatos. Desde el punto de vista social y político es un período de emergencia de nuevos grupos y de acumulación de fuerzas políticas, un escenario inaugurado bajo una incipiente lucha de clases, la disputa pública por el poder entre grupos sociales antagónicos, rotulada entonces bajo el eufemismo de la “cuestión social”. En todo caso, las respuestas frente a las “interferencias obreras” al proyecto nacional de las elites, llevado con relativa placidez hasta antes de 1891, serán de sangrienta y brutal represión por parte de la autoridad contraria a las asonadas, huelgas y motines de trabajadores, peones y sectores populares en general (Véase Grez, 1999 & 2000).

De estas manera, la génesis del Estado-nacional no se da en el vacío sino en un marco económico, político y cultural específico, donde los indígenas y sus territorios estuvieron permanentemente presentes y donde comenzaban a emerger distintos grados de conciencias colectivas que alimentaban primigenios “formatos” de sociedad civil y de una proto-ciudadanía autónoma y algo rebelde a los deseos de las elites. En los siguientes párrafos mostramos cómo es que dentro de este contexto los intelectuales decimonónicos de las elites *vehiculizan* una idea de nación y los argumentos que utilizan para ello.

Ideología, *intelligentsia* y construcción del Estado-nacional en Chile

Vario autores han subrayado la importancia de los intelectuales o de las llamadas *intelligentsias* en la construcción de los Estados-nacionales así como en el desarrollo y difusión de los sentimientos nacionales (Gellner, 1988; Smith, 1981; Connor, 1998; Anderson, 1993). En esta misma línea, otros autores han destacado la importancia, dentro de la *intelligentsia* de escritores, novelistas, periodistas, cronistas locales e historiadores latinoamericanos del siglo XIX cuyo papel ha sido central en los procesos de construcción

de la identidad nacional, señalándolo como grupo que ha movilizó los sentimientos nacionales de las elites gobernantes (Cappelletti, 1992; Florescano, 2001 entre varios otros).

Con la categoría *intelligentsia*, se hace referencia a personas o grupos de personas que manejan y articulan conocimientos, condensan ideas, sentimientos y anhelos colectivos puestos a disposición de las luchas políticas nacionalistas de determinados grupos o movimientos o de los proyectos nacionales articulados y/o impuestos desde el estado. El caso de los historiadores es particularmente importante²¹, porque con ellos el sentimiento nacionalista adquiere un marcado carácter *historicista* (Smith, 1981) lo que no es del todo obvio como pudiera parecer dado que el historicismo es una corriente dentro de las ciencias sociales. Por historicismo entendemos, siguiendo a Smith, la predilección por interpretar los fenómenos sociales e individuales como el producto de una secuencia de eventos que, a su vez, develan la identidad y leyes de estos fenómenos. En el siglo XIX, la explicación “histórica” de los fundamentos de la nación, de la unidad nacional y del “patriotismo”, tiene una fuente fundamental en las historiografías locales y nacionales que cumplen la función de articular y condensar los relatos o narración nacionales –la historia nacional- y la “invención de la tradición”, es decir la búsqueda de la necesaria profundidad histórica para la idea de nación. Los relatos y narraciones históricos articulan y llenan de contenido la búsqueda de dicha densidad temporal y dan la legitimidad política necesaria a la idea de nación e identidad nacional. El pasado es por tanto, ya sea por continuidad o por ruptura, una base fundamental en la explicación del fenómeno de la nación frente a su incomoda “juventud” como señalara Eric Hobsbawm (1993).

La historia y la historiografía, como señala Guy Rozat (2001) son, junto con instituciones como la escuela y medios como la prensa, formas expeditas para comunicar los anhelos sobre la nación como una comunidad de ideas compartidas o como estrategia de inculcación de un pasado común. Es un modo de otorgar estatuto de ciudadanos a quienes hasta entonces eran “tan sólo” individuos o colectivos “sin comunidad”. De ahí la importancia de los historiadores en el siglo XIX, quienes como “hombres públicos”, y a través de sus vínculos con el Estado y los grupos de poder, articularon intereses e imaginarios de “importancia nacional” convirtiéndose en actores relevantes de los procesos de cristalización nacional.

Entre las preocupaciones centrales de los historiadores de la nación, se encuentran el papel del pasado hispánico-colonial como contraste o continuidad de las nuevas repúblicas (según la realidad de los distintos países), el papel de los “padres” de la patria, el lugar de los indígenas, el origen (racial, étnico) de los habitantes del país, las características geográficas del territorio, los nuevos descubrimientos geográficos, el clima, entre otros temas.

²¹ Califico como “historiadores” a aquellos miembros de la *intelligentsia* que asumieron como dedicación importante, aunque no exclusiva, la labor de historiar los diversos eventos del pasado y de su presente o que por medio de la argumentación histórica participaron de la vida política, social y cultural de Chile en el siglo XIX. Entre los más destacados se encuentran: Claudio Gay, Andrés Bello, Ignacio Domeyko, Domingo Alemparte, José Victorino Lastarria, Benjamín Vicuña Mackenna, Domingo Faustino Sarmiento, Diego Barros Arana, José Toribio Medina, entre otros.

La labor cumplida por los historiadores y el historicismo con relación a los pueblos indígenas es de fundamental importancia pues la historiografía o narrativa de la “construcción nacional” creó una doble imagen de los indios como forma de resolver el problema de su exclusión/incorporación al proyecto hegemónico. Se trata, por una parte, de una imagen que resalta la idea de un indígena “histórico” o historizado y de otra que lo representa como a un indio real, de carne y hueso. El *indígena histórico* es valeroso, indomable y participa con su sangre de la construcción mestiza de la nación, en cambio el *indio real* es un error, un bárbaro y un peligro para el mundo civilizado. A partir de este imaginario las narraciones histórico-nacionales cumplirán con la función de “expulsar” a los indios reales (de la historia, de la nación, de la cultura, etc.) para hacer ingresar a otro mitificado y distante en el tiempo (Rozat, 2001), un indígena nebuloso e irreal que no pone en peligro la idea de nación homogénea y unitaria.

Un ejemplo de las mutaciones indígenas fraguadas por los historiadores se encuentra en una alocución política, fundamentada de manera “histórica”, que el historiador y político chileno Benjamín Vicuña Mackenna hace ante la Cámara de Diputados en 1868, alocución hecha a propósito de la necesidad de invadir militarmente el territorio mapuche. En ella utiliza una argumentación basada en los conocimientos históricos vigentes y en el imaginario colectivo acerca de los indígenas que la sociedad chilena de entonces tenía por correcto:

“Que el indio (no el de Ercilla²², sino el que ha venido a degollar a nuestros labradores del Malleco y a mutilar con horrible infamia a nuestros nobles soldados) no es sino un bruto indomable, enemigo de la civilización porque sólo adora todos los vicios en que vive sumergido, la ociosidad, la embriaguez, la mentira, la traición y todo ese conjunto de abominaciones que constituye la vida del salvaje. Se invoca la civilización en favor del indio y ¿qué le debe nuestro progreso, la civilización misma? Nada, a no ser el contagio de barbarie con que se han inficionado nuestras poblaciones fronterizas, por lo que la conquista del indio es esencialmente, como lo ha sido en Estados Unidos, la conquista de la civilización ¿Y por qué podría ampararse al indio que vive tendido de barriga aletargado con el vapor de sus chichas y que solo se agita al nombre del pillaje?” (Vicuña Mackenna, 1868: 7-8. He actualizado la grafía para una mejor comprensión)²³.

Muchos de los historiadores chilenos y latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XIX apoyados por la ciencia y un conjunto de condiciones políticas, económicas y sociales creían ver en los indígenas a seres de segunda categoría, a peligrosos salvajes o en el mejor

²² Alonso de Ercilla y Zúñiga, poeta español de la conquista, escribió el poema épico *La Araucana* donde ensalza la valentía, el valor y el orgullo de los mapuche o Araucanos que combaten la invasión europea.

²³ *La Conquista de Arauco*, Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en su sesión de 10 de agosto de 1868 por Benjamín Vicuña Mackenna, Diputado por Valdivia.

de los casos a indómitos bárbaros²⁴ ¿Qué ideologías guiaron las interpretaciones de los historiadores chilenos del siglo XIX? Cuando se aborda este siglo, generalmente se habla del enorme influjo del liberalismo en lo político y económico y de la preponderancia del positivismo y el evolucionismo como doctrinas profusamente difundidas entre escritores, científicos e historiadores. Desde la historia, la literatura, la crítica cultural y la sociología se ha resaltado la importante recepción de estas corrientes de pensamiento entre los intelectuales liberales y la *intelligentsia* en América Latina. En Chile, se dejó sentir de igual forma ya fuese de manera directa, a través de la lectura de las fuentes y escritos de autores europeos fundadores o representantes de estas corrientes, o bien a través de grandes intelectuales locales que influenciaron a las generaciones precedentes (Ossandón, 1998).

El pensamiento positivista desarrollado por Comte a principios del siglo XIX tuvo una enorme influencia entre los intelectuales y políticos latinoamericanos aunque no de manera directa sino a través sus seguidores y de las variantes desarrolladas y encarnadas en el evolucionismo de personajes como John Lubbock, Herbert Spencer y Charles Darwin. La doctrina *comtiana* del positivismo desarrolló y difundió las ideas de “progreso” y “orden”, ambas basadas en una racionalidad laica, cuyo avance significaba la secularización de la sociedad y un permanente movimiento hacia adelante, dependiente sólo de las fuerzas humanas. Comte creía en lo que él llamaba la “elevación gradual de las facultades humanas” y la idea de que la “verdadera libertad” sólo puede ser construida bajo el predominio único de las leyes de la naturaleza. Asimismo, creía que la base social o la unidad social necesaria para el logro de esa verdadera libertad se encontraba en la familia y en la pareja elemental quienes representaban “el verdadero germen de la sociedad. El autor también creía que el progreso humano era posible cuando se ponía en primera línea la evolución intelectual por sobre la orgánica. En esta “marcha progresiva” el pensador veía dos polos, las sociedades primitivas eminentemente guerreras o militarizadas y aquellas que habían accedido al espíritu industrial (Véase Comte, 1978). Curiosamente, Comte otorgaba una importancia fundamental a las mujeres pues pensaba que ellas eran la “fuente doméstica” de un poder moderador frente al hombre desenvuelto en lo que luego se daría en llamar “espacio público”.

En una línea evolucionista, muy conectada con el positivismo, la influencia mayor sobre los pensadores de Latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XIX la tuvo Herbert Spencer cuya obra influyó en América Latina más que la de Darwin con su “evolucionismo social”, de difusión más tardía en el continente (Wade, 2000)²⁵. Spencer introdujo la noción de

²⁴ Alicia Barabas señala que “El concepto de bárbaro puede ser formalmente entendido como un conjunto de representaciones que el sujeto observador se forma sobre Otro diferente con mayor independencia de las características de lo observado. Como proceso las imágenes sobre el bárbaro se construyen entrelazadas con la historia y los contextos. Sus transformaciones de fondo y de forma se relacionan directamente con las ideologías imperantes en diferentes épocas, pero todas tienen en común un punto de vista etnocéntrico; el bárbaro es un Otro percibido como diferente a partir del que observa y relata, sea la percepción positiva o negativa. El etnocentrismo que el bárbaro pone al descubierto resulta ser un componente fundamental para la construcción contrastativa de la identidad propia, ya que la circunscribe y define por oposición” (Barabas, 2000: 9-10).

²⁵ Aunque Navarro (1997) señala que en el caso de Argentina su influencia fue decisiva. Lo mismo señala Quijada (1998) respecto de John Lubbock y su influencia sobre los escritos de Francisco P. Moreno en Argentina.

evolución como elemento central de su argumentación. A diferencia de Comte, quien rechazaba la concepción biológica de la evolución, Spencer le otorgó gran validez dentro de su sistema. En todo caso, al igual que en la dinámica *comtiana*, aunque resaltando el sentido evolucionista, la transformación de la sociedad en Spencer se produciría del régimen militar al industrial.

Más cerca del lugar de los hechos el argentino Domingo Faustino Sarmiento, dominado por un profundo influjo positivista y evolucionista, desarrolló una visión “Sudamericana” sobre la oposición civilización y barbarie, principalmente en su obra *Facundo* escrita durante su exilio en Chile (1840-1845). La obra de Sarmiento repercutió profundamente en la primera generación de intelectuales de la civilización. En Chile y Argentina, la recepción del *Facundo* tuvo enorme importancia en la delimitación del “problema indígena” y en la demarcación del rol que le cabía al estado como agente de la civilización.

En el *Facundo*, Sarmiento desarrolla un determinismo geográfico o ambiental al que le asigna una influencia fundamental en el carácter de las personas y en los procesos de organización política y social, al respecto señalaba: “Hay que notar [...] un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes...” (Sarmiento, 1999: 76). La representación de estos “productos sociales” de la naturaleza se condensa en las figuras *sarmientinas* del “gaucho malo” y los indios bárbaros de las pampas. Las ideas de Sarmiento promueven la fórmula de que a territorios bárbaros gentes bárbaras y viceversa. Un ejemplo de su influencia se encuentra en la idea de que la pampa *barbarizaba* a los individuos²⁶, de modo que la civilización debía diseminarse tanto entre las personas como sobre la áspera geografía. Como lo ha señalado Navarro (1997), el pensamiento de Sarmiento fue fundamental en la elaboración de un imaginario tanto sobre el territorio indígena (las pampas definidas como “Desierto”) como sobre sus habitantes ancestrales. La racionalización de este imaginario fue medular en la construcción y legitimidad de la nación, al mismo tiempo que amparó y justificó el exterminio de los pueblos indígenas que habitaban dicho territorio hasta el siglo XIX.

De este modo, los discursos y las ideologías han ayudado a fundamentar y legitimar la construcción de la nación por eso es preciso abordarlos como relatos sobre la negación del Otro, y la búsqueda de homogeneidad racial-cultural. Si en el canon evolucionista, lo bárbaro y lo salvaje definen, por oposición, aquello que es civilizado, entonces los “grandes relatos nacionales” basados en este tipo de argumentaciones son, por medio del proceso de contrastación entre lo bárbaro y lo civilizado, el gran relato de la construcción de alteridades devaluadas, estigmatizadas y deshumanizadas.

²⁶ Ninguna corriente de pensamiento escapaba a este modelo, Santiago Arcos, intelectual y político influenciado por el socialismo utópico algunos años antes pensaba que el “desierto” (la pampa), “barbarizaba” a los individuos de ahí concluía que la principal causa del fracaso de los soldados ocupados de resguardar y avanzar las fronteras con los indígenas era su “barbarización pampeana”: “Si Buenos Aires quiere tener soldados, los cuerpos de servicios de la frontera tienen que relevarse. El desierto después de un tiempo dado, barbariza a los que viven en él. Las costumbres de los hombres civilizados, que por desgracia son muy superficiales entre nosotros, se pierden y la disciplina se afloja, a pesar de los mejores deseos del jefe si por único espectador tiene la tropa la poca población semi salvaje que le rodea” (Arcos, 1860: 18).

En Chile, como en otros países, las doctrinas positivista y evolucionista aparecieron junto con el desarrollo del liberalismo político, así como con el desarrollo de una “verdadera” ciencia histórica, sobre todo después de 1870. En forma coetánea, el país reingresaba a un nuevo ciclo de conflictos con los mapuche en la frontera sur, que en ese momento intervenían activamente en la política nacional tomando partido en las revoluciones de 1851 y 1859²⁷, este ciclo daría inicio a la “Pacificación de la Araucanía” (1862-1883).

Dentro del grupo de los intelectuales e historiadores del período, los principios doctrinarios descritos, eran compartidos con escasas diferencias, las que por lo demás se originaban en cuestiones generacionales o rencillas políticas, aunque dentro de un marco de alta homogeneidad y consenso (Serrano, 2000). Después de 1861 los liberales pasarían a dominar ampliamente el espacio político del país, aunque con avances y retrocesos, la influencia católica y conservadora fue decreciendo a través del período permitiendo la lenta secularización del país. Así, la discusión sobre la cuestión de la Araucanía se da, al menos en un primer momento, en un contexto de creciente hegemonía liberal y de división de las fuerzas conservadoras. Este hecho es importante pues significa que el debate sobre la Araucanía se dio en un contexto de escasos contrapesos políticos e intelectuales para las elites y de excesiva racionalización doctrinaria, donde quedaba muy poco margen para las opciones divergentes a la corriente principal lo que permitía, a nuestro entender, que las “soluciones” al “problema indígena” y la determinación del lugar que debían tener estos en la historia nacional fueran sancionadas de manera brutal y con escasas contemplaciones, tal como lo refleja el discurso de Vicuña Mackenna en la Cámara de Diputados²⁸. La “soluciones cristianas” al “problema de Arauco” estaban agotadas frente a la pérdida de fuerza de los sectores católicos y la demostración de los nulos efectos “civilizatorios” de las misiones religiosas en la Araucanía²⁹.

Quien resume bien estos sentimientos es Wilhelm Frick, ingeniero y explorador al servicio del gobierno, abocado a la búsqueda de un camino desde Valdivia hacia las pampas argentinas a mediados del siglo XIX. Frick veía a los mapuche como un obstáculo que era

²⁷ La intervención mapuche en la política nacional, especialmente en la “revolución” contra el Presidente Montt de 1851 y en el alzamiento de Bernardino Pradel en 1859, había exacerbado los ánimos de los sectores más refractarios a tolerar la presencia indígena en la frontera sur. La toma de partido de caciques y lonkos (jefes) mapuche, a favor de liberales y conservadores, motivó un fuerte debate sobre los mapuche por primera vez en muchos años. La intervención mapuche en la “revolución” de 1859, particularmente, dio excusas al estado chileno para avanzar las tropas militares y adelantar la línea del Malleco consolidada con la refundación de la ciudad de Angol en 1862. En 1860 se había nombrado al Coronel Cornelio Saavedra Intendente de Arauco, su plan de ocupación sería aplicado con modificaciones en la ocupación de la Araucanía entre 1881 y 1883. José Bengoa analiza con detenimiento la participación mapuche en estos eventos (Bengoa, 1987).

²⁸ Un ejemplo de los consensos de las elites y de su escaso margen de disensión se encuentra en el discurso militar de entonces, este actuaba como una caja de resonancia armónica y acorde a los intereses “civilizatorios” del sector político. Véase del Coronel Cornelio Saavedra, “el restaurador de la Araucanía”, sus *Documentos relativos a la ocupación de Arauco* (1871) productos de su campaña en la línea del río Tolén.

²⁹ Algunos autores han querido ver durante este período una corriente “proindigenista” (Pinto, 1996, 2000) que se habría opuesto a la invasión violenta de la Araucanía. El análisis de los discursos hegemónicos del período muestra la necesidad de discutir tales argumentos.

necesario remover con urgencia para poder lograr dicho propósito y evaluaba en los siguientes términos las estrategias en discusión sobre la “Conquista de Arauco”:

“La conquista de Arauco es una proposición fallada afirmativamente por la opinión general del país.

Ella es una idea que ha brillado en la cabeza de la mayoría, y tal vez no hay un ciudadano que no desee su realización.

La conquista de Arauco es la verdadera cruzada chilena. Ella ha sido predicada varias veces, la opinión se ha informado en lo substancial. Sólo los medios han ofrecido alguna divergencia.

[...]

Unos esperaban todo la influencia civilizadora del cristianismo que abriéndose paso por la convicción y el sentimiento, llegaría tarde o temprano a reducir el carácter independiente y obstinado de los indios araucanos. Pero esta opinión ha sido, desgraciadamente, la primera en desprestigiarse; pues los sucesos más elocuentes y repetidos la han dejado en un triste descubierto” (Frick, 1859: 2).

Lo cierto es que a partir de la segunda mitad del siglo XIX se irá configurando un discurso sobre lo indígena con una “doble filiación”. Por una parte, se trata de un discurso que se ocupa de fundamentar la política, la discusión y las acciones sobre el qué hacer con los mapuche y la Araucanía; y a su vez es un discurso que argumenta, en tono de gran narración, el carácter de la naciente nación y de la identidad nacional chilena. Al parecer, en ninguno de los dos casos los indígenas son incluidos o incorporados.

De este modo, las doctrinas científicas y las necesidades políticas y económicas del país promoverán la construcción de un imaginario sobre el indígena bárbaro y salvaje. Tal proceso se realiza de manera “científica”, según los cánones de la época, mediante un procedimiento de *contrastación, racialización e inferiorización* de los indígenas que se sirve del acelerado desarrollo científico y tecnológico del siglo XIX. A esta manera de entender y analizar la realidad, algunos autores le han denominado *racismo científico* en referencia a la idea de que el racismo, hasta el siglo XVIII, se basó en un ejercicio de *naturalización* de las diferencias pero luego, teniendo como fuentes el positivismo y las diferentes corrientes evolucionistas del siglo XIX, pasará a una etapa de *biologización* de las diferencias (Wade, 2000). La *biologización* de las diferencias raciales otorgará argumentos que darán respaldo científico al proceso de *racialización*. Además de la clasificación basada en la idea de las razas inferiores y superiores, echará mano a un conjunto de doctrinas y nuevos conocimientos científicos, tales como la geografía, el clima, la alimentación, la anatomía humana y la organización social, conocimientos alimentados por el ensanchamiento de las fronteras mundiales, el colonialismo y el avance del capitalismo mercantil e industrial del siglo XIX (Véase Bello & Rangel, 2000).

Barros Arana, historia, nación y racismo científico

De los historiadores chilenos *building nation* o constructores de nación, Diego Barros Arana es el que concentran la mayor parte de los rasgos descritos, las argumentaciones

doctrinarias, las visiones y formas de construcción discursiva sobre los indígenas y la utilización de fundamentos científicos para respaldar sus afirmaciones. En este sentido se podría decir que Barros Arana es plenamente un historiador del siglo XIX, un narrador de la nacionalidad y de lo indígena en clave del “racismo científico”. Internémonos un tanto en la vida y obra de este intelectual y en la forma que abordó a los indígenas.

El año 1884, Diego Barros Arana³⁰ comenzaba la publicación de su monumental *Historia Jeneral de Chile*, cuyos contenidos y visiones sobre nuestro pasado habrían de influenciar a numerosas generaciones de intelectuales, estudiosos y docentes como ningún otro historiador chileno lo había hecho hasta ese momento. Su huella fue tan profunda, que logró impregnar los grandes *sistemas simbólicos* sobre los cuales se ha construido una idea de historia nacional y parte importante del modelo educacional de Chile. Barros Arana representa una época y los anhelos de un grupo social específico que supo comunicar un proyecto hegemónico que aún perdura en el inconsciente colectivo de Chile, lo que nos habla de la enorme “eficacia simbólica” de sus representaciones y discursos.

La *Historia Jeneral* está compuesta de 16 volúmenes que fueron publicados sucesivamente entre los años 1884 a 1904. El programa de la obra abarca desde la época precolombina hasta el año 1833³¹. Es una obra que tiene un claro carácter de narración nacional pues su autor se preocupa permanentemente de recalcar que su obra es una “historia nacional”, una “historia patria” o una “historia de un pueblo”. Esta idea de construcción de un colectivo con límites propios en términos territoriales, históricos y culturales es refrendada por la convicción de Barros Arana de que una historia de este tipo (una historia general y nacional), no puede –o no debe- ser escrita por una sola persona. Asimismo, la elección por el formato de la escritura y el método es justificada por Barros Arana como una forma de llegar a un mayor número de lectores.

El interés de Barros Arana por los pueblos indígenas comienza en sus primeros trabajos sobre la historia de América³². En 1875, el historiador publica un trabajo denominado *Jeografía Etnológica*, en el Barros Arana señala algunos de los elementos con los cuales más adelante, en el primer tomo de la *Historia Jeneral*, delineará sus conceptos básicos sobre los indígenas de Chile. En este trabajo ya es posible apreciar sus ideas sobre la

³⁰ En el momento que Barros Arana comienza la publicación de su gran obra, había llegado a ocupar los más altos sitios a que una persona de su época podía aspirar, con excepción de la presidencia de la república, cumplió variadas misiones diplomáticas en nombre del gobierno chileno, fue perito limítrofe, profesor y Rector del Instituto Nacional, miembro y Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y Rector de la misma. Viajero incansable, recorrió la mayor parte de los países de nuestro continente además de las principales capitales de la Europa occidental. Participó de la política y los debates públicos más importantes de su época.

³¹ Un punto importante a aclarar es que Barros Arana se refiere al estado de los indígenas al momento de la llegada de los conquistadores europeos, sin embargo el tono de su escritura trasluce una idea de atemporalidad de los sujetos descritos, como si quisiera mostrar que los indígenas de su tiempo no difieren de los antiguos, por más que hayan pasado cuatro siglos.

³² Desde temprano, la vocación de Barros Arana estuvo centrada en la historiografía, habiendo publicado numerosas monografías y artículos hasta 1853. Desde 1863 comenzó a elaborar y publicar una serie de trabajos que tenían como principal destino la enseñanza de la historia entre los jóvenes estudiantes de su época, algunas de las principales obras de este período son el *Compendio de Historia de América*, *Manual de Composición Literaria* y *Elementos de Geografía Física*.

homogeneidad racial de los indígenas chilenos a los que divide en dos grupos o “razas”: los “fueguinos” y los “indios araucanos o Chilenos”. A estos dos grupos agrega, como rama “menor”, los *Changos*³³ a quienes consideraba emparentados con los Incas del Perú. Según este esquema el “mapa racial” de Chile era el siguiente:

“... la población que consta ahora de más de 2.000.000 de habitantes, es compuesta de descendientes europeos de sangre pura, esto es, blancos como los individuos de la raza caucásica, o de la descendencia que ha resultado de la mezcla de los europeos y de los indígenas, descendencia compuesta por hombres más o menos blancos pero que poseen todos los caracteres físicos y morales de la raza blanca. Así, pues, haciendo abstracción de los cuatro mil fueguinos que habitan las islas del sur y de los cuarenta o cincuenta mil araucanos³⁴, que viven encerrados en una porción reducida de territorio, y que cada día se hace más estrecha, *todo Chile es poblado por una sola raza en que predomina el elemento europeo más o menos puro y en que no se habla más que un puro idioma, el español*” (Barros Arana, 1875: 12, la cursiva es mía, he modernizado la grafía para una mejor comprensión).

La aparición de los indígenas en el prólogo y los primeros capítulos del primer Tomo de la *Historia* de Barros Arana parece responder a una idea preconcebida cuyo propósito es dar cuenta del programa historiográfico en formato evolucionista. Así, establecía una relación entre el formato y organización de la obra con la idea de marcha progresiva de la historia nacional³⁵. De esta manera, los indígenas, y los “Fueguinos” sobre todo, aparecen primero porque ese era el lugar que les “correspondía” en un símil con la más baja escala de la evolución y de la civilización en la que se encontraban. Este mismo esquema evolutivo era expuesto al analizar la situación de civilización con base a su distribución geográfica. Según esta concepción, las condiciones externas, el clima y la geografía eran determinantes en los grados de civilización y barbarie de los indígenas del territorio nacional, así señalaba que “en la región insular, sometidos a un clima más frío e inclemente, *los naturales vivían en ese estado de barbarie primitiva en que el hombre por sus instintos groseros por su estupidez y su pereza, apenas se distingue de los brutos*” (Barros Arana, 1884: 34, la cursiva es mía).

Siguiendo el mismo esquema analítico y comparando a los indígenas de Chile con las culturas de más al norte, en especial con los Incas, el historiador llegaba a la siguiente conclusión: “Los indígenas de Chile eran más abyectos, más groseros y degradados en razón del mayor rigor del clima y de la mayor esterilidad del suelo que habitaban. Así pues, desde la región insular, la barbarie va en progresión con la más alta latitud hasta llegar hasta su último grado en las islas vecinas al Cabo de Hornos” (Ibid: 37-38). De esta manera

³³ Los Changos son un grupo indígena de “pescadores nómadas”, hoy desaparecidos, que habitaban las costas del norte y centro-norte de Chile.

³⁴ Sin duda Barros Arana se equivocaba pues los “fueguinos” en esa época sobrepasaban esa cifra con creces mientras que los mapuche a principios del siglo XX eran más de 200 mil. La “abstracción” de Barros Arana respecto de los “fueguinos” se cumpliría casi como una profecía con la desaparición unos 25 años después de publicadas estas líneas de casi la totalidad de los pueblos que habitaban los canales australes, la Tierras del Fuego y las islas de Magallanes.

³⁵ Barros Arana valoraba el aporte hispánico en la formación de la nacionalidad chilena por lo que el lugar que ocupaban los españoles en su programa era adecuado al proceso de evolución del país.

concluía que los “Fueguinos”, por su distribución geográfica y características culturales “tienen el triste honor de ocupar el lugar más bajo en la escala de la civilización” (Ibid: 40).

Barros Arana pensaba que los mapuche eran una “raza inferior”, determinada por un conjunto de características físicas, psicológicas y sociales. Una primera evidencia de la inferioridad mapuche era su “fisonomía”: “Su cuerpo, falto de elegancia, como el de casi todos los salvajes, deja ver el vigor, y parece presentar un tronco más largo en proporción con los otros miembros”, y agrega que “el indio chileno carecía de esa elegancia de formas que es el don de las razas superiores” (Ibid, 1884: 49).

En todo caso, lo que inspira en Barros Arana el mayor número de páginas y reflexiones, es la guerra y la capacidad de combate de los mapuche, su fuerza y valentía. Casi todos los pasajes referidos a este tópico están basados en la crónica militar de Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de las guerras del Reino de Chile*, crónica escrita en el siglo XVII³⁶. Aunque en el prólogo de la obra, el historiador advierte que no tiene un interés exclusivo en los aspectos militares ni en los grandes personajes, pues según señala la historia que él escribe los es “del pueblo mismo”, Barros Arana parece rendirse ante la imagen guerrera de los mapuche transmitida por los documentos. El interés por la dimensión guerrera de los indígenas era común entre los historiadores del siglo XIX quienes desde el evolucionismo pensaban que las sociedades guerreras se encontraban en el polo opuesto de las civilizadas.

Otro tema de interés del historiador es el de la familia como estructura fundadora de la sociedad y los afectos. La familia, como componente civilizado del ser humano, es central en el planteamiento de Barros Arana: “Inútil sería buscar entre los indios que poblaban a Chile a la época de la conquista española del siglo XVI, el menor vestigio de organización, y casi pudiera decirse de mancomunidad nacional” (Ibid, 1884:75), con esta frase se inicia el capítulo IV. Luego agrega que en efecto la vida de los mapuche estaba limitada a la familia. Su reconocimiento de la existencia de familia entre los “Araucanos” es central porque luego pondrá la distancia que separa a “esa familia” con la familia civilizada: “La familia indígena no estaba constituida por los vínculos de los afectos suaves y tiernos que forman los lazos de la familia civilizada” (Ibid, 1884: 75). A partir de esta constatación el autor planteará un conjunto de atributos y características propias de la familia Araucana, reafirmando con ello su carácter incivilizado.

En la obra de Barros Arana es posible señalar a lo menos dos tipos de argumentaciones con abundantes ejemplos ilustrativos, que diferenciarían a la familia Araucana de la familia civilizada, por una parte la cuestión de la poligamia y por otra, como extensión o derivación de aquella, la posición de la mujer mapuche³⁷. Citando al autor colonial Diego Rosales, Barros Arana indicaba que: “El indio chileno tenía tantas mujeres como podía comprar y

³⁶ Este texto fue terminado de escribir en 1614 pero permaneció inédito hasta 1866 fecha en que fue publicado en *la Colección de documentos inéditos para la historia de España*, y dado a conocer algún tiempo después en Chile por Barros Arana como una verdadera primicia.

³⁷ La poligamia mapuche es un tema que apasionó a numerosos autores coloniales y republicanos en una mezcla ambigua de repulsión y fascinación. Para muchos era algo así como “la causa de todos los males” de la sociedad indígena, la máxima expresión de la degradación moral que mostraban los salvajes y que impedía el éxito de la labor misional.

sustentar, cuatro o seis la generalidad de los hombres, diez o veinte los más ricos” (Ibid, 1884: 75).

Barros Arana creía que las familias mapuche no conocían los afectos como consecuencia del aislamiento en que vivían. Para el historiador los afectos eran un factor de gran relevancia en la conformación y estructuración de una moralidad familiar civilizada: “los padres se desprendían de sus hijas por simple lucro”, “la misma indiferencia reinaba en las relaciones conyugales”, “las relaciones de familia no eran muy numerosas ni muy duraderas”. La falta de afectos era un elemento que estaba al parecer en la base de la sociedad indígena y que se reproducía a través de las generaciones debido “al género de vida que llevaban” las personas. La vida familiar mapuche es una vida carente de emociones y sentimientos, solo la guerra logra conmover al indígena por que “los indios no conocían ni los remordimientos de la conciencia ni la satisfacción de haber obrado el bien” (Ibid, 1884: 110).

La carencia de afectos de la familia mapuche era completada por el aislamiento en el que vivía cada grupo “lejos del contacto diario con los otros hombres”. Barros Arana pensaba que el aislamiento era una causa de la falta de industrias y la ausencia de “división natural del trabajo y de las profesiones”, en su opinión, esto hacia decir a los “sociólogos” que “tal estado de cosas no merece el nombre de sociedad” (Ibid, 1884: 94). El vivir agrupados, señalaba el autor, proporciona a los hombres, toda suerte de adelantos en materia de arte, intercambio comercial de productos y servicios.

Como ya lo ha dicho Castillo (1996), Barros Arana parece haber escrito los primeros capítulos de la *Historia Jeneral*, y sus escritos preliminares, como si tuviera en mente la ocupación militar de la Araucanía en 1883 culminada con la refundación de Villarrica, un año antes de la publicación del primer tomo de la *Historia Jeneral*. Los párrafos anteriores muestran un afán por aplicar los instrumentos de la ciencia positiva pero sobre todo develan el lugar que los mapuche, dadas sus características evolutivas, sociales, físicas, mentales y morales, tendrán en la nueva nación, que su narración histórica pretende ayudar a construir. Pese a todo, Barros Arana confía en las aguas purificadoras de la civilización y mientras piensa en la barbarie y el salvajismo de los guerreros mapuche, también piensa en los “dispositivos” que le devolverán el alma de seres humanos a quienes no han sido atraídos al mundo de los civilizados, de ahí su interés en la familia y en el papel de las mujeres como núcleos moralizantes y moderadores de la barbarie³⁸. Es notorio que a través de éstos discursos los textos de Barros Arana están impregnados de una “pedagogía social” o del ciudadano con la que, indígenas de por medio, pretende mostrar a la sociedad chilena un modo de vida, de comportamiento, de moral y de organización social. Así los indígenas y

³⁸ La idea de familia en el discurso de Barros Arana trasluce, por contraste, visiones sobre el orden social y las estructuras de género en la sociedad chilena de entonces. La idea positivista de la familia como núcleo de la sociedad servirá más adelante como modelo para el disciplinamiento, el orden social y la jerarquización genérica de las sociedades “tradicionales” (campesinos, indígenas) del siglo XX. En el caso mapuche, tanto las misiones religiosas como la escuela transmitirán compulsivamente este modelo durante la Radicación de los mapuche (1883-1930), bajo la creencia de que las mujeres y la estructura familiar eran “dispositivos” que perpetuaban la cultura bárbara (la poligamia, el chamanismo, la lengua, etc.). La idea era convertir estos dispositivos en vehículos de civilización, mediante la enseñanza monolingüe y el aprendizaje de labores industriales a la mujeres (Bello, 1995).

en particular los mapuche actúan como polo de contraste, como el *contraespejo* en el cual la “sociedad chilena” debe mirarse y alejarse.

En términos de análisis de discurso, el método discursivo de Barros Arana se vale de un proceso de autorrepresentación positiva contra una heterorepresentación negativa, un “nosotros” en proceso de construir una nación, frente a un “ellos” que sólo puede –y debe– ser representado como bárbaro. Como señalan Van Dijk et al, esta estrategia “cumple con una función sociocognitiva del discurso acerca de otros, es decir, la formación de representaciones negativas acerca de grupos externos” (Van Dijk et al, 2000: 244) un modo de dar legitimidad al proyecto nacional utilizando la figura de un Otro a quien se considera externo y extraño. En todo caso no hay que olvidar que el “extrañamiento” de los mapuche del proyecto nacional fue respaldado por el propio afán de mantener su autonomía e independencia con lo cual han quedado clasificados como alzados y rebeldes. De cualquier modo, la historiografía sirvió así a la construcción de la nación y a la legitimación de la situación de dominación de los indígenas.

Reflexiones finales: ¿De la *barbarización* a la ciudadanía multicultural?

La construcción del Estado-nacional y de su concomitante “identidad nacional” en Chile del siglo XIX es parte de un proceso ligado a la conformación de grupos de poder y al desarrollo creciente de esferas y ámbitos sociales diferenciados, en el marco de un proyecto modernizador, cuyo objetivo estaba asentado en la necesidad de establecer un mayor control sobre las esferas sociales, culturales económicas y políticas que sirvieran al proyecto consensual de una elite. En términos generales, se trata de un proyecto de las elites que desarrollan un idea de Estado-nación adecuada a sus intereses de grupo pero con crecientes grados de aceptación aunque también con altos grados de imposición en el resto de la sociedad. El Estado-nacional es una fórmula adecuada a este objetivo que se repetirá en la mayoría de los países latinoamericanos, inspirados en las influencias europeas liberales y científicas.

La idea de nación tendrá un acendrado carácter civilizador porque ese será el medio para instalar la homogeneidad y la unidad cultural que requiere el proceso de identificación entre estado y nación. La diversidad, las diferencias o las corrientes opuestas al influjo centralizador y homogeneizador del proyecto de la elite serán vistos por el “racismo científico” como obstáculos que deberán ser eliminados físicamente o mediante la búsqueda de un imaginario que devaluará, progresivamente, la imagen del Otro. Se instalará así un discurso de la negación, del prejuicio y la estigmatización del Otro, un mecanismo de “expulsión” simbólica de los diferentes, de los indígenas, de los campesinos, de las mujeres y otros grupos como forma de legitimar el proyecto hegemónico.

El caso de los indígenas será particularmente relevante en la “etnogénesis chilena”, tal como lo fue en Argentina y México, por ejemplo. Para la elite y sus escribientes, los indígenas se convertirán en el factor ideal de contraste entre la civilización y la barbarie, entre lo atrasado y lo evolucionado, entre lo que el proyecto modernizador deja atrás y lo que espera alcanzar. El proyecto de construcción nacional representa el abandono del asomo ciudadanizador que la Independencia con timidez intentó “aplicar” a los pueblos indígenas haciéndolos parte –simbólica- de las nuevas repúblicas para optar por la *barbarización* de los indígenas, su deshumanización. La racionalización de la

barbarización de los indígenas y de sus territorios, madurarán como fundamento para la apropiación de dichos territorios y del exterminio físico o cultural de los pueblos indígenas.

En un primer momento ayudaron también las guerras, la configuración de nuevos límites y dominios territoriales, los símbolos y rituales nacionales, que crearon un nuevo mapa geográfico y mental. Pero por sobre todo, ayudó la educación e instrucción pública y la creciente ampliación del aparato burocrático del estado y su influencia entre las distintas capas sociales. En lo político-social, también sirvió como precondition la existencia de una sociedad civil larvaria y aún débil que permitió que el proyecto hegemónico se desplazara y se infiltrara hacia el conjunto de la sociedad chilena en una estrategia que compulsivamente echó mano tanto a la coerción, la imposición el consenso y la convicción activa de los grupos subalternos. En todo caso los estallidos sociales de entonces y la misma resistencia mapuche en Argentina y en Chile (1878-1884), muestra que los proyectos de la elite no fueron aceptados de manera pasiva o sumisa.

De esta manera, hemos querido exponer cómo la construcción de Estado-nacional chileno durante la segunda mitad del siglo XIX se basó en un conjunto de ideas dentro de un contexto político y social específico, y cómo este proyecto hegemónico de las elites expulsa y devalúa la imagen de los indígenas como medio para resaltar la necesidad de un proyecto con contenidos de homogeneidad. Se trata de un proyecto que ha influido a nuestra sociedad aún hasta nuestros días y sobre el cual se siguen fundamentando un conjunto de explicaciones sobre nuestro origen como nación y especialmente sobre el lugar que ocupan y que, en opinión de algunos sectores, debieran ocupar los pueblos indígenas.

Bajo estas premisas, la pregunta que subyace al argumento del Estado-nacional es si este aún está vigente o se puede seguir sosteniendo como verdad incuestionable e inamovible. La globalización económica actual muestra con claridad que los mercados y los grupos económicos necesitan cada vez menos del Estado-nacional, es posible incluso, como señala Stavenhagen, que este se haya convertido en un obstáculo para la aparentemente irrefrenable mundialización económica ¿Por qué entonces la figura del Estado-nacional conserva su inmanencia cuando se trata de resolver las actuales demandas de los pueblos indígenas o cuando se discute su carácter pluricultural y/o multiétnico?

Por último, las causas del empobrecimiento, la exclusión, el racismo y la minoridad de los derechos indígenas en la actualidad, no tienen ni pueden tener justificación o defensa posible, aunque se insista en “explicarlos” a través de discursos y razonamientos como los que he analizado en este ensayo. El debate, la crítica, la desmitificación y desmontaje de prejuicios antiguos sobre la historia nacional parecen ser vías eficaces en la búsqueda de nuevos caminos de entendimiento entre la sociedad chilena y los pueblos indígenas, este texto ha querido ser un aporte a dicho proceso.

Bibliografía

AMIN, S. (1997), The nation: An Enlightened or fog-shrouded concept? *Research in African Literatures*, vol. 28, 4: 8-18.

ANDERSON, B., 1993. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México.

- ARCOS, S., 1860. *Las fronteras y los indios*. Imprenta de J. A. Bernheim, Buenos Aires.
- AYLWIN, J. y E. CASTILLO, 1990. Legislación sobre indígenas en Chile a través de la historia. *Documento de Trabajo N°3*, Comisión Chilena de Derechos Humanos, Santiago.
- BARABAS, A., 2000. La construcción del indio como bárbaro: de la etnografía al indigenismo. *Alteridades*, Año 10, 19: 9-20.
- BARROS ARANA, D., 1884. *Historia Jeneral de Chile* (Tomo I). Rafael Jover Editor, Santiago.
- BARROS ARANA, D., 1875. Geografía etnológica, enviado al Congreso Internacional de Ciencias de Paris. *Boletín de Instrucción Pública N°48*, Santiago.
- BELLO, A., 1995. La familia mapuche durante la radicación. *Proposiciones* 26: 194-205.
- BELLO, A. y M. RANGEL, 2000. Etnicidad, “raza” y equidad en América Latina y el Caribe. *Documento LCR-1967*, CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), Santiago.
- BENGOA, J., 1987. *Historia del Pueblo Mapuche*, Sur, Santiago
- CAPPELLETTI, A., 1992. *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Monte Ávila Editores Latinoamérica, Venezuela.
- CARIOLA, C. y O. SUNKEL, 1990. *Un siglo de Historia Económica de Chile 1830-1930*. Editorial Universitaria, Santiago.
- CASTILLO, R., 1996. Remedios para el “embrollado laberinto” de Arauco: Barros Arana y el lugar del Cautiverio Feliz en la historiografía de Chile. *Mapocho* 49: 131-143.
- CASANOVA, H., 1996. La Araucanía colonial: Discursos, imágenes y estereotipos (1550-1800). En *Del Discurso colonial al proindigenismo*, J. Pinto (Ed.), pp. 41-82. Universidad de la Frontera, Temuco.
- CHAPMAN, A., 1986. *Los selk’nam: la vida de los onas*. EMECE, Buenos Aires.
- CHATTERJEE, P., 1993. *The nation and its fragments*. Princeton Press, New Jersey.
- COMTE, A., 1978. La teoría social del positivismo. *Cuadernos de Causa 10*, s/e, s/l.
- CONNOR, W., 1998. *Etnonacionalismo*. Trama, Madrid.
- CORRIGAN, P. y D. SAYER, 1985. *The great arch: English State formation as cultural revolution*. University Press, Oxford.
- DÍAZ-SALAZAR, R., 1991. *El proyecto de Gramsci*. HOAC, Anthropos, Madrid.
- FLORESCANO, E., 2001. *Estado, etnia y nación*, Taurus, México.
- FRICK, W., 1859. Conquista de Arauco. Diario *El Ferrocarril*, 20-27 mayo: 2 (en todos los números).

- GELLNER, E., 1988. *Naciones y nacionalismos*. Alianza, Madrid-México.
- GÓNGORA, M., 1994. *Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Universitaria, Santiago.
- GREZ, S., 2000. Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907). *Historia*, Vol. 33: 141-225.
- GREZ, S., 1999. Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905). *Cuadernos de Historia*, diciembre: 157-193.
- HABERMAS, J., 1981. *Historia y crítica de la opinión pública*. Gustavo Gili, Barcelona.
- HOBBSAWM, E., 1997. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona.
- HOBBSAWM, E., 1993. Inventing traditions (Introduction). En *The invention of tradition*, E. Hobsbawm and T. Ranger (Eds.), pp. 1-14, Cambridge University Press, Great Britain.
- JOCELYN-HOLT, A., 1997. *El peso de la noche*. Planeta/Ariel, Santiago.
- KYMLICKA, W., 1996. *Ciudadanía multicultural*. Paidós, Barcelona.
- KRADER, L., 1972. *La formación del Estado*. Labor, Barcelona.
- KREBS, R., 1984. Orígenes de la conciencia nacional chilena. En *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*, I. Buisson et al. (Ed.), pp. 107-125. Inter Naciones, Bonn.
- KÖNIG, H., 1984. Símbolos nacionales y retórica política en la independencia: el caso de la Nueva Granada. En *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*, I. Buisson et al. (Ed.), pp. 389-405, Inter Naciones, Bonn.
- LACLAU, E., 1996. Universalism, particularism, and the question of identity. En *The politics of difference*, E. Wilsen y P. MacAllister (Ed.), pp. 45-58, The University of Chicago Press, Chicago and London.
- MENTZ, B. Von, 2000. Nación, Estado e identidad: Reflexiones sobre las bases sociales del Estado nacional en el México del siglo XIX. En *Identidades, Estado nacional y globalidad: México, siglos XIX y XX*, B. Von Mentz (coord.), pp. 33-93, CIESAS, México.
- MITCHELL, T., 1999. Society, economy and the State Effect. En *State/culture: State-formation after cultural turn*, G. Steinmetz (ed.), pp. 14-23. Cornell University Press, Ithaca.
- MUMBY, D. y R. CLAIR, 2000. El discurso de las organizaciones. En: *El discurso como interacción social: Estudios sobre discurso II Una introducción multidisciplinaria*, T. van Dijk (comp.), pp. 263-296. Gedisa, España.
- NAVARRO, P., 1997. Salvajes y bárbaros: la constitución de la vida de barbarie en la frontera sur argentina y chilena (siglos XVIII y XIX). *Boletín de Historia y Geografía* 13: 35-47.

- OSORIO, C., 2000. Algunas consideraciones respecto a los conflictos entre nacionalidades en el mundo salitrero: 1860-1880. En *Espacio de Convergencia*, S. Grez (Ed.), pp. 219-232. Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago.
- OSSANDÓN, C., 1998. *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas*. Arcis-Lom, Santiago.
- PINTO, J., 2000. De la inclusión a la exclusión: La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche, Instituto de Estudios Avanzados, USACH, Santiago.
- PINTO, J., 1996. Del Antiindigenismo al proindigenismo en Chile en el siglo XIX. En *Del Discurso colonial al proindigenismo*, J. Pinto (Ed.), pp. 83-115. Universidad de la Frontera, Temuco.
- PINTO, J., 1992. Crisis económica y expansión territorial: la ocupación de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX. *Estudios Sociales* 72: 85-126.
- QUIJADA, M., 1998. Ancestros, ciudadanos, piezas de museo: Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX). *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Tel Aviv), IX, 2: 22-26.
- ROZAT, G., 2001. *Los orígenes de la nación: pasado indígena e historia nacional*. Universidad Iberoamericana, México.
- SALAZAR, G., 1987. *Labradores, peones y proletarios*. Sur, Santiago.
- SALAZAR, G, A. MANSILLA y C. DURÁN, 1999. *Historia Contemporánea de Chile* (Tomo I). Lom, Santiago.
- SÁNCHEZ, R., 1994. Los fueguinos y el interés etnográfico de Barros Arana en la Historia Jeneral de Chile. En *Mapocho* 36: 235-240.
- SARMIENTO, D. F., 1999. *Facundo*. Losada, Buenos Aires.
- SERRANO, S., 2000. La estrategia conservadora y la consolidación del orden liberal en Chile, 1860-1890. En *Constitucionalismo y orden liberal, América Latina, 1850-1920*, M. Carmagnani (Coord.), pp. 121-154, Otto Editores, Torino.
- SMITH, A. D., 1997. *La identidad nacional*. Trama, Madrid.
- SMITH, A. D., 1981. *The ethnic revival*. Cambridge University Press, Cambridge.
- STAVENHAGEN, R., 2001. *La cuestión étnica*. El Colegio de México, México.
- STAVENHAGEN, R., 2000. *Conflictos étnicos y estado-nacional*. Siglo XXI, UNRISD, México.
- SUBERCASEAUX, B., 1992. *Fin de Siglo: La época de Balmaceda*. Aconcagua, Santiago.

TAMBIAH, S., 1996. The nation-state in crisis and the rise of ethnonationalism. En *The politics of difference*, E. Wilsen y P. MacAllister (Eds.), pp. 124-143, The University of Chicago Press, Chicago and London.

VAN DIJK, T; S. TING-TOOMEY, G. SMITHERMAN y D. TROUTMAN, 2000. Discurso, filiación étnica, cultura y racismo. En *El discurso como interacción social: Estudios sobre discurso II, Una introducción multidisciplinaria*, T. van Dijk (Comp.), pp. 213-261. Gedisa, España.

VICUÑA MACKENNA, B., 1868. *La Conquista de Arauco*. Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en su sesión de 10 de agosto de 1868 por Benjamín Vicuña Mackenna, Diputado por Valdivia. S/e, s/l.

VICUÑA, M., 1997. La emergencia del positivismo en Chile. *Documentos de Trabajo 22*, Arcis.

WADE, P., 2000. *Raza y etnicidad en Latinoamérica*. ABYA-YALA, España.